



La película del sábado en Carbó

Las dos instalaciones porcinas ubicadas en esa zona cercana al litoral, en Yaguajay, fueron casi devastadas por el huracán. En marcha los primeros pasos de la recuperación



Como instalación individual Carbó II figura entre las más dañadas de la provincia. /Fotos: Oscar Alfonso

José Luis Camellón Álvarez

Lo de Irma en Carbó fue como ver, en vivo, la segunda parte del espacio televisivo *La película del sábado*. Allí, en la pantalla de la noche las escenas fueron de terror: un viento embravecido despedazaba los techos de zinc, arrancaba cerchas, tiraba columnas al piso, destrozaba canalones, impactaba al rebaño. Junto a los animales de ambas unidades, una veintena de espectadores en calidad de guardianes de las dos instalaciones vieron el filme más tenso y largo que jamás imaginaron, incluso, aguantaron despiertos hasta el final de la película cuando en la pantalla diurna apareció otra imagen: la de la destrucción.

“Sentí miedo, la cosa se puso fea, la pared del almacén no se cayó, pero tembló, está cuarteada. Fue ahí cuando nos metimos los nueve en una oficinita de 2 metros, ese fue el refugio, teníamos que turnarnos para sentarnos. Allí ni se hablaba, estaba loco por que amaneciera; oiga, ¡qué noche tan interminable!, esto es peor que una guerra”,

narra el custodio José Antonio Rosa Rodríguez, como recordando una escena que no quisiera volver a ver.

Para Alexis Bravo Suárez, dependiente de almacén, la parte que nunca van a olvidar es esa en que “el viento se llevó una esquina del techo, levantó el toldo que cubría el pienso y cayeron dos planchas de zinc clavadas en los sacos. Fue ahí cuando con la sogá y unos ganchos, alumbrando con linternas, amarramos el techo que quedaba a la carreta que teníamos dentro del almacén”.

LA JOYA DEL PORCINO

El Centro Integral Porcino Carbó II, construido durante cuatro años a un costo cercano a los 10 millones de pesos e inaugurado en julio pasado como parte del desarrollo del programa de cría y ceba de cerdos en el territorio espirituaño, está literalmente destruido por los vientos del huracán Irma a su paso por el norte de Yaguajay.

Lázaro León Cordero, director de la entidad, perteneciente a la Empresa Provincial Porcina, declaró a *Escambray* que de las 20

naves que componen la instalación, 16 sufrieron afectaciones severas en las cubiertas y estructuras de techo (cerchas), a la vez que 10 columnas fueron derribadas, entre otros daños.

“A los cerdos —634— los agrupamos al conocer la fase informativa hacia naves interiores, esa fue la suerte, como se dice, porque si no tomamos la medida hubiésemos tenido muertes de animales, pero Irma desbarató la joya del Porcino en Cuba, levantada hasta con el sacrificio de los trabajadores”, señaló.

Aunque las lágrimas y los rostros consternados dicen más que las palabras, en Carbó II no hay que mandar a nadie a trabajar; unos recogen planchas de zinc o los ripios que quedaron de ellas; otros retiran escombros y varios atienden los animales, todavía agrupados, “pero ya comen y toman agua”, expresó el director.

Mientras, Migdalia León Rodríguez no parece en estos días la especialista de Recursos Humanos; lo mismo lleva guantes a las naves, que avisa de la merienda a los que rescatan del techo o del suelo cuanto pedazo de cubierta pueda reutilizarse.

“Perdí el techo de mi casa, en Vitoria, tengo los niños en la casa de mi hermana, en Yaguajay, pero vine para hacer lo que haga falta. Cuando vi esto el lunes, sentí ganas de llorar, es que las mujeres también pintamos y ayudamos a construir el centro”, dijo.

Por su parte, Lázaro León enunció que, con la ayuda de fuerzas de la Empresa Porcina y de otras entidades previstas para la reconstrucción, la estrategia inmediata es recuperar todo el techo posible, trabajar en las cuatro naves menos dañadas y mantener los animales y el ciclo reproductivo. La recuperación total requerirá montar otra vez las estructuras, según puntualizó el directivo.

LA OTRA MITAD DE CARBÓ

En explotación desde décadas anteriores, la Unidad Integral Carbó, aledaña a la anterior instalación y con las funciones de reproducción, maternidad, preceba y desarrollo, es otra viva imagen de la furia que descargó Irma sobre esta porción norte de la geografía espirituaña.

“La afectación aquí fue total, excepto los filtros y áreas de oficina y comedor, se destruyó prácticamente toda la cubierta, son techos de canalones muy antiguos, una pérdida como esta nunca había pasado”, relató Alexander Mencías Pentón, el director.

En esta unidad de 22 naves y más de 5 000 cabezas el rebaño no corrió igual suerte y, hasta el martes, las muertes superaban los 300 animales, en tanto se afectó un nivel de pienso que estaba protegido; “el viento se llevó la puerta del almacén y la lona que lo cubría, esto se puso que te daban ganas de salir corriendo, pero, ¿para dónde?”, relató Mencías Pentón.

“Después de tres días ya los animales están comiendo y tomando agua, estamos retirando los escombros y poniendo cobertores a las naves para protegerlos del sol, tenemos que recuperarnos y seguir con la producción y el desarrollo porcino”, concluyó la fuente.



La estrategia inmediata de la entidad es recuperar todo lo posible.

Irma, el otro ciclón

Dayamis Sotolongo Rojas

No tengo propiedad periodística para hablar de Irma: no estuve en Yaguajay, uno de los lugares más afectados en la provincia, ni antes ni durante ni después del huracán; no visité ningún centro de evacuación; no participé en recorrido alguno con las máximas autoridades del territorio; no me acuartelé en *Escambray* —como tantas veces— para escribir minuto a minuto de los estragos del fenómeno meteorológico. Y reconocerlo me duele, por más que me hice la desentendida para disimular, quizás, la inevitable ausencia a una de las coberturas que más me apasionan.

Irma, al menos para mí, fue

otro ciclón —igual de destructor y agónico—: el de inventar una y mil piruetas para aliviarle los días y las noches oscuros a una pequeña; el de abanicar incansablemente durante toda la madrugada; el de retozar hasta con el reflejo de la sombra en las paredes para ahuyentar temores infantiles; el de mantener el fogón encendido para calentar estómagos familiares y vecinos; el de jugar a la calma mientras el aullido del viento amenazaba con derribarlo todo; el de las sonrisas siempre, pese a las preocupaciones...

Este huracán no estuvo en mi agenda reporteril; fue, tan solo, un ciclón de barrio. Bastó asomarme a la puerta de la casa en la tarde del viernes para confirmar lo que ya presentía: un meteoro en Cuba es

como un catarro común. Y no porque la gente se ría del peligro —que a veces sucede—, sino porque de tanto vivirlo se ha vuelto cotidiano.

De lo contrario lo desmentirían las recomendaciones de la vecina para que “la leche no se te corte, mi’ja, ni con los apagones”, los sacos de arena en los techos de zinc, las recogidas en las placas, los pomos de agua puestos a congelar desde mucho antes, la carga a la *laptop* —según las previsiones paternas— para garantizar las canciones infantiles, los panes y las galletas, por si acaso...

Todo era sabido. Fue cuestión de que soplaran las primeras ráfagas para que la oscuridad se nos abalanzara también encima y comenzara a sentirse *in crescendo* un torrente de agua por todos

lados. La única calma, cuando apenas la madrugada empezaba a ser sacudida por Irma, llegó desde la cuna: “¿Ma?”.

“No es nada, titi”, le dije, y sobrevino entonces el otro huracán: el de lidiar con unos ojitos desorbitados mientras las matas cedían sin remedio a los deseos del viento, el de enseñarle que la luz también es una lámpara recargable y una vela, el de beber agua al tiempo aunque fuese salida del refrigerador, el de hacer del pasillo de casa la mejor de las autopistas para montar la ardilla velocípedo.

Nunca antes estuve ex profeso tan desconectada del mundo. Ni partes meteorológicas para precisar posible trayectoria, ni el susto de la información exacta del momento en que tocó tierra espirituaña, ni el aguacero encima durante la caza de las historias de vida.

Porque en un huracán de cuadra no sabes nada a ciencia cierta, todo son suposiciones. O sí, intuyes que lo tienes cerca cuando la mata de

mango del patio vecino se desploma tras el mayor de los estruendos y la calle se te vuelve un mar en tus narices. O sí, supones que se aleja cuando la vecina grita con toda certeza: “Irma anda por casa del c... ya; oye, que está tronando y eso quiere decir que acabó el temporal. Dicen que ya va pa’riba”.

Y no son puros rumores. Lo confirmas, con la esperanza más pegada que la humedad que te rodea, al ver que de lluvia va pasando a llovizna; de silencio a algarabía comunal; de sombras a luz.

En un ciclón de barrio no hay premuras de cierre ni datos oficiales; solo hay cuchicheos de vecinos, platos de comida que desafían lluvias de un portal a otro, techos ajenos que cobijan. Y cuando tienes que vivirlo —aunque añoses estar en el ojo mismo de la noticia— lo agradeces, porque, a la postre, también se pueden contar historias.

Tomado de *Contrapunto digital*, blog de la autora.